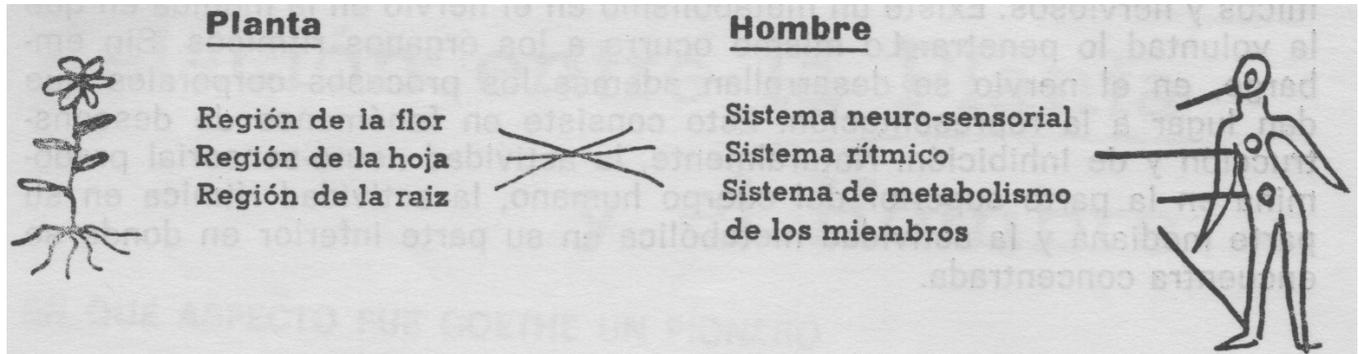


LA PLANTA Y EL SER HUMANO



Goethe, al que Rudolf St. ha llamado el «Kepler y el Copérnico del mundo orgánico», ha descubierto el espíritu humano a través de su doctrina de las metamorfosis, una imagen dinámica de la planta, que permite juzgarla como ser *sensible - suprasensible*.

La meta de su búsqueda no era el llegado a ser, tal como aparece ante nuestros ojos, sino el devenir «llegar a ser»; no es lo moldeado sino lo que «moldea», no lo perecedero desde que nace, sino lo que dura, o sea, la ley formadora, lo viviente como noción primordial, el Ser.

Goethe expone cómo este Ser pasa de un campo de fuerzas suprasensibles a nuestro mundo físico material, a través de tres principales etapas evolutivas, cómo se manifiesta en este mundo bajo la forma de apariencias sensibles, luego retrocede y vuelve a su ambiente original. Las tres etapas que menciona revelan las tres formas diferentes, una combinación de fuerzas de expansión con las de contracción.

Desde la semilla muy contraída o del brote nace la planta con hojas, se contrae de nuevo en el cáliz para dilatarse después en la flor, finalmente le contrae en el grano y se dilata al formarse el fruto. El juego de la vida vuelve a empezar con la semilla.

Al observar este balanceo de la vida descubrimos este conocimiento importante: cuanto más lo vegetal se despliega con perfección en una forma exterior, más pierde de su energía vital. Las semillas, las yemas, las raíces, el brote, rebotan de vida, pero están poco formados. Una flor como la rosa es de maravillosa apariencia en el mundo sensible y es, por tanto, más efímera, la fragilidad de la suprema nobleza de la forma la hace apenas viable.

La doctrina goetheanística de las metamorfosis es una piedra angular de la ciencia de la vida y las leyes que descubre son de una importancia comparable de las leyes de Kepler en

otro dominio. Cada botánico debería tenerlo especialmente en cuenta. No obstante, tal como nos es transmitida, esta doctrina no precisa la importancia de las plantas medicinales. Carece de una lista de relaciones fundamentales entre la planta y el hombre de la que un tratado sobre plantas medicinales no puede prescindir. R. Steiner ha descubierto y expuesto estas relaciones.

«La Planta Tripartita y el hombre tripartito, el proceso foliar y el sistema rítmico»

La naturaleza se explica por ella misma, más allá de todas las teorías, en lo que concierne al fenómeno base de estas relaciones. Es la relación entre la vida vegetal y la respiración humana, entre el colorante de las hojas y el colorante de la sangre (la clorofila y la hematina). Es esto un polaridad arquetípica de la existencia.

La que el órgano capital de la planta por el cual es más fuerte y más puramente vegetal es la hoja (con el nudo adyacente), y que todos los otros órganos de la planta deben ser entendidos como variaciones de las hojas, desde ellas debemos partir para comprender las relaciones entre la planta y el hombre.

El aparato foliar aparece ya por su forma, siendo el «sistema rítmico» de las plantas, escalonamiento y repetición rítmica de los nudos. Tiene su réplica en el sistema medio, rítmico del ser humano, que se apoya anatómicamente sobre la estructura rítmica de la columna vertebral y de las costillas torácicas; también la respiración y la asimilación clorofílica de las plantas son rítmicas, pues siguen los ritmos luminosos del día y de la noche. Están en polaridad con la respiración humana y el proceso de desasimilación a él ligado.

La hoja toma de la atmósfera el ácido carbónico y lo arrastra en un proceso de densificación del carbono, del cual nacen los hidratos de carbono, principales materiales con que la planta alimenta su cuerpo y expulsa el oxígeno. El sistema rítmico del hombre en el organismo torácico absorbe oxígeno y destruye la «materialidad carbonizada» del cuerpo, combate su densificación, expulsa gas carbónico fuera. Estos dos procesos rítmicos juegan entre lo líquido y lo gaseoso, aunque van inverso el uno del otro. La cavidad pulmonar, con la tráquea y sus ramificaciones bronquiales, puede considerarse como un árbol ideal, pues absorbe ácido carbónico y expulsa oxígeno (en el mundo interior de la sangre que llena el pulmón), esta imagen nos es ofrecida por la misma naturaleza y nos permite comprender las relaciones entre el sistema rítmico del hombre y el de la planta.

A estos procesos rítmicos, desarrollándose en lo gaseoso, corresponden fenómenos en lo líquido o en el semilíquido. La pigmentación de las hojas es el «devenir» natural, la forma adivinatoria de la cual hablan los mitos nórdicos (se adivinaba el porvenir interpretando los signos formados por medios naturales). Por su estructura material se parece extraordinariamente a la sangre, en los dos casos (clorofila, hematina) cuatro núcleos pirrónicos se agrupan alrededor del metal respiratorio; la distinción consiste en que este metal es magnesio en la planta, y hierro en el ser humano. La planta necesita también hierro para formar la clorofila, pero este material no entra materialmente, se queda en el exterior. Por el contrario, el hombre interioriza el hierro. La clorofila empleada como medicina estimula fuertemente la génesis de la sangre.

A pesar de sus grandes semejanzas la clorofila y la sangre presentan una polaridad completa de apariencias, mientras que la clorofila verde tiene una fluorescencia de rojo sangre, la sangre roja tiene una fluorescencia color verde espinaca. Este fenómeno arquetipo demuestra que toda oposición polar debe tener, en segundo término, una unidad -que debe representar una escisión en dos-, y este pensamiento nos obliga a ciertas deducciones de un alcance incalculable. El Ser superiormente evolucionado, el ser humano; no puede haber salido del Ser menos evolucionado, la planta. Más vale admitir que una existencia primordial se ha escindido en dos, ha rechazado la modalidad vegetal de existencia para liberar la forma humana de existencia.

La unidad primera y la oposición polar entre el hombre y la planta deben tener su causa en la marcha evolutiva del devenir terrestre, es allí donde hay que buscarla.

Las ideas que concebimos del devenir de la tierra y de la humanidad deben tener en cuenta estos datos primordiales. De estos datos carecen totalmente las cosmogonías modernas y el evolucionismo oficial. Sólo la comprensión antroposófica del mundo y de la humanidad los toman en consideración. Volveremos a hablar de esto más adelante.

En resumen, se puede decir que los sistemas rítmicos del ser humano y de la planta se corresponden, pero forman una polaridad. Encontraremos varios ejemplos de remedios sacados del aparato foliar, con acción sobre órganos del pecho, sobre la respiración y circulación, y capaces, además, de influenciar en el ser humano todas las otras funciones rítmicas. El sistema rítmico es el ser humano, y la obra, como mediador entre dos polos opuestos «cabeza y metabolismo». Lo mismo ocurre en la planta,

Su proceso rítmico foliar está a medio camino entre los procesos de la flor y los de la raíz. La forma tripartita del ser humano y la forma tripartita de la planta invita a buscar sus analogías mutuas.

El proceso de la raíz y el sistema neuro-sensorial

Bajemos primero hacia la raíz, por ella la planta pertenece a la tierra y a su campo de fuerzas. Al mismo tiempo, se dirige a través de este órgano al reino natural, que le es inferior, el mundo no vivo mineral. La raíz obedece a la fuerza de la gravedad, ella es «geótopo», es decir, que es tan sensible a la tierra como la planta frondosa lo es al cosmos. Se ha encontrado en las células de las raíces órganos sensoriales percibiendo la gravedad, los estatolitos, pero la raíz es igualmente sensible a las sustancias del suelo, a su tenencia en el agua y a su concentración salina, ella está siempre en «contacto receptor» con las modalidades de su ambiente terrestre.

Igualmente la cabeza humana, a través de sus órganos sensoriales está en contacto con su ambiente físico, con el mundo sensible, que en él tampoco la revela más que su lado exterior mineral (pues nuestra percepción sensorial no alcanza de ninguna manera las actividades de la vida los estados del alma ni las modalidades espirituales de los objetos que la rodean). No los percibe sino como objetos, como cosas opuestas a ella. Todo lo demás debe ser deducido a través del pensamiento, mientras el hombre no haya desarrollado facultades de percepción superior.

Lo que la raíz ha «percibido» en su medio ambiente lo hace suyo y creciendo con fuerza ejerce un poder de elección y selección, no absorbiendo más que las sustancias requeridas por su especie y sintetizando una «composición de sales», individual por cada tipo de planta. En el análisis de cenizas se encontrará un vestigio muerto, como vestigio todo esto representa un material análogo a la síntesis que nosotros hacemos de nuestras percepciones sensoriales y de su elaboración a través de la actividad de los nervios y el cerebro.

En la raíz las sales y el agua están vitalizadas por encima de las leyes de gravedad y terrestres y después abandonados al organismo de la planta con hojas.

Un proceso de mineralización invade así todo lo vegetal y lo transforma en una criatura realmente terrestre. Igualmente procesos de solidificación y mineralización salen de la cabeza humana y de las actividades nerviosas. La cabeza es la parte más endurecida, mineralizada y

calcificada de nuestro cuerpo. Pero contrariamente a estas analogías conviene subrayar las oposiciones.

En efecto, el proceso raíz y el proceso de la cabeza están en afinidad. La cabeza con el cerebro, que se encuentra ahí en estado «flotante», se eleva por encima por las fuerzas de la gravedad, mientras que la raíz se inserta en ellos.

Es verdad que la raíz subtrae a la gravedad las substancias por ella absorbidas, vitaliza lo inanimado, opone al mineral muerto la fortísima vitalidad del reino vegetal y lo entrega a las fuerzas de levitación. La raíz es el órgano más vivo de la planta. Al contrario, en la cabeza los procesos vitales están atenuados al máximo de una manera ingeniosa para obligar a los procesos minerales (ya introducidos en el organismo) a doblegarse a la forma del ser humano. Lo más difícil se lleva a cabo al hacer surgir en el mundo de las apariencias esta forma del ser humano, pero en un esqueleto calcáreo. Esta forma es el contrario absoluto de lo inherente al mineral anorgánico. Es realmente la obra maestra de la Creación. Nuestro esqueleto es «mineral humano». Una proyección invertida del proceso raíz se cefálicas y nerviosas, que volveremos a tratar.

El proceso Flor y el proceso Fruto corresponden al sistema metabólico humano

Bajando desde la hoja hasta la raíz perdemos de vista la forma foliar y la sucesión rítmica de inserciones sobre el tallo. Nos quedamos, en pocas palabras, con los nudos y sus canales, los cuales aparecen como los verdaderos órganos dinámicos de la raíz.

Por el contrario, subiendo hasta la región de la flor y del fruto, llegamos a un ambiente de estructuración superior. Aquí la hoja verde que es el vegetal puro llega a ser un material al servicio de un principio formador más elevado que dispone de él soberanamente.

Una nueva criatura aparece que ya no es más «una hoja», sino «una colectividad de hojas» reducida a la unidad. El color verde y la función asimiladora a la que está ligada desaparecen. El ritmo estrictamente aritmético de la espiral de inserción foliar es interrumpido y cede el sitio a un movimiento circular. La sucesión «temporal» de las inserciones foliares deviene una justa posición «espacial» con las reglas aritméticas nuevas aunara una nueva creación. La hoja puede estar comprendida como el fragmento de un plan extendido al infinito. La hoja es, en efecto, un contacto con el infinito, alimentada por la infinidad del cosmos; se

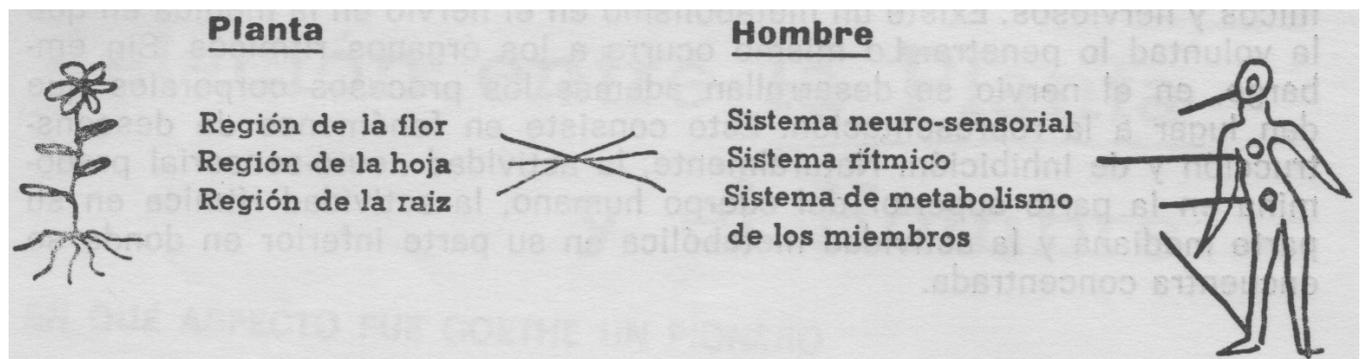
vuelve ahora una superficie curva, una porción de la esfera. La flor, sea en forma de copa, de campana, de tubo, delimita espacios internos, mientras que el único espacio de la hoja era un espacio exterior. Estos espacios internos encierran el ovario (llamado en alemán nudo fructífero), lo que es una suprema metamorfosis del principio de los nudos. La flor exhala olores, color, es néctar, calor y polen. La inhalación le viene de la atmósfera o de la actividad animal (polen). A la última contracción, que es la de la semilla, se añade la última expansión: el desarrollo del fruto. El fruto no es sólo un órgano limitante y creciente, tiene también un espacio interno lleno de sustancias. Con el fruto el mundo exterior se vuelve algo de interior. La génesis de esta sustancia se hace bajo la influencia del calor exterior, por eso ciertas flores tienen un ligero calor. Lo mismo que la planta necesita en su raíz de agua y de sales, el fruto necesita el calor y rayos cósmicos. Toda la fuerza del verano está dentro de la génesis del fruto.

Los órganos superiores de la planta son los reproductores, se les puede relacionar con los órganos del abdomen del hombre. Su acción se extiende de una manera más general a toda la región del metabolismo. Sin embargo, hay que hacer distinciones. La planta es un ser «abierto al mundo», como se ve por su forma y su función en la hoja, su órgano principal. La hoja es idealmente una superficie tangencial a una esfera infinitamente grande. De esta esfera cósmica emanan las influencias que determinan el proceso metabólico vegetal, o al menos lo ordenan y lo modifican. Estas influencias se incorporan a la planta, pero sus centros de impulsión están fuera de ella, en el universo. En el hombre es al contrario, ha tomado e interiorizado estos centros de impulsión en el mundo de sus órganos internos. El hígado, los riñones, el corazón, la vesícula biliar, etcétera, ejercen de una manera autónoma, en colaboración con la entidad humana global, mientras que la planta no los puede desplegar más que con la colaboración del universo exterior (por ejemplo, la construcción y la destrucción de los hidratos de carbono obedecen en la planta a los ritmos del Sol y de la Tierra, o sea, al día y a la noche, o al de las estaciones. En el organismo humano esta construcción o destrucción depende de los impulsos voluntarios que mueven el sistema de los miembros)

Más se eleva hacia la floración la fructificación y a la génesis de la semilla deviene más específica la formación y acumulación de sustancias que van a ser utilizadas después por el animal y el ser humano. La flor enseña ya esta cualidad en el dominio formal; el fruto en el dominio material, químico. La formación de las flores nos enseña cuáles son las fuerzas que en ellas trabajan; sus arquitecturas se acercan a las fuerzas animales, están emparentadas a lo

que es propio en los seres dotados de alma. Las génesis de los frutos se alejan aún más de los principales formadores vegetales y foliares; la sustancia se vuelve alimenticia, se adapta por su estructura y su modalidad al sistema de metabolismo y de los miembros, tanto animal como humano.

Se ve así, la región situada encima de la hoja tiene su proyección invertida en la parte del cuerpo humano, situado debajo del sistema rítmico. La acción de los medicamentos a base de flores sobre el dominio metabólico señala estas correspondencias. Lo resumiremos en este esquema:



Breve explicación de la tripartición humana

A R. Steiner es a quien se debe el descubrimiento y la exposición sistemática de la tripartición funcional del organismo humano. Después de treinta años de estudio publicó unos bocetos en 1917, por primera vez en su libro «*Los enigmas del alma*», con el título «Las interdependencias físicas y espirituales de la entidad humana». Describe las relaciones del alma con el cuerpo físico: los procesos nerviosos con su prolongación por una parte, en los órganos de los sentidos; por otra parte, en el organismo corporal interno, son la contrapartida corporal del acto anímico, que es la representación. Resumiendo, tal es también la concepción de la ciencia actual. Lo que es nuevo es que R. Steiner une, de una manera análoga, el sentimiento a los procesos rítmicos del organismo al ritmo vital que tiene su centro en la función respiratoria. Según él la voluntad se apoya sobre los fenómenos metabólicos que son los substratos corporales de todo acto volitivo.

Sólo la representación que se transmite por el sistema nervioso es una experiencia despierta y plenamente consciente. Lo que es transmitido por el ritmo respiratorio no tiene otro

grado de consciencia que el de las imágenes soñadas; estos son los sentimientos, la afectividad, las pasiones, etc.

El querer que se apoya sobre los procesos metabólicos no es vivido conscientemente, como las impresiones totalmente oscuras del sueño. Tendremos que diferenciar del querer «la representación del querer». Se crea un acto volitivo cuando aparece en un momento dado un vacío en la sucesión de representaciones.

Lo que llamamos el sistema de nervios motores sirve realmente para percibir los procesos metabólicos sutiles que sirven como base a voliciones.

Sería comprender mal la tripartición viendo en ésta una «división en tres» del ser corporal humano. Pues estas actividades no están yuxtapuestas, están entremezcladas y se penetran mutuamente. La actividad metabólica está presente en todo el organismo y penetra los órganos rítmicos y nerviosos. Existe un metabolismo en el nervio en la medida en que la voluntad lo penetra. Lo mismo ocurre a los órganos rítmicos. Sin embargo, en el nervio se desarrollan además los procesos corporales que dan lugar a la representación. Esto consiste en fenómenos de desconstrucción y de inhibición. Naturalmente, la actividad neuro-sensorial predomina en la parte superior del cuerpo humano, la actividad rítmica en su parte mediana y la actividad metabólica en su parte inferior en donde se encuentra concentrada.

Traducción de Jorge Granados
Aportación de Osvaldo Escobar